

tida de boca en boca, pertenece aún a los puros Arios montañoses; por numerosas adiciones, data de una época en que los invasores, habiendo conquistado ya la llanura, habían modificado profundamente su civilización primera. Tal himno, dirigido a la Aurora, asciende en soberbio impulso hacia la gloriosa Naturaleza, que surge, gradualmente iluminada, de las tinieblas de la noche, y elevándose de la vista del espacio a la contemplación del tiempo, recuerda las auroras que ya no existen, evoca las que no han llegado todavía. Tal otro himno, mucho más reciente, no es sino la mezquina y baja petición de un sacerdote cortesano, que, por la corrupción de sus amos, quiere conquistar gradualmente la fortuna y el poder. Otros presentan estados de costumbres y de mentalidad muy diferentes unos de otros, según que proceden de edades iránias muy anteriores a la época de la conquista, o son debidos a la influencia profunda y ascendente de los pueblos vencidos.

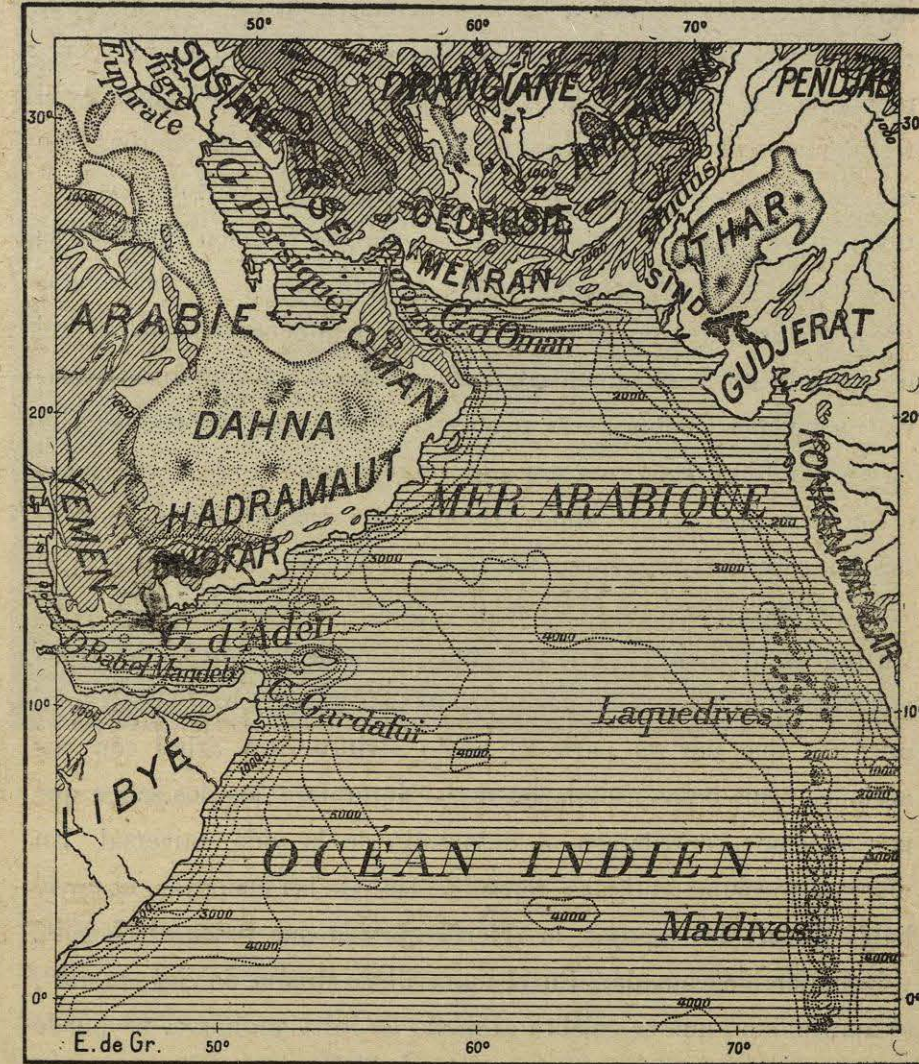
A este respecto, los cantos más curiosos son los que se refieren al matrimonio. La forma más antigua de la unión es la que nos es descrita en el Rig-Veda y que se practicaba, por lo tanto, hace lo menos treinta y cinco siglos. En aquella época las costumbres dominantes habían sido determinadas por el medio geográfico sobre las mesetas montuosas del alto Irán y en los valles del Indo-Kuch. En esas regiones de pastores, la mujer había de ser libre para administrar y cuidar la familia y para defenderse en caso necesario contra los osos y los ladrones en su cabaña aislada, para criar y educar sus hijos en la ausencia del padre, de los hermanos o del marido: el mismo nombre, *dam*, que la designaba, se ha transmitido hasta nosotros. Todos los documentos antiguos nos muestran que era respetada, considerada por sus hijos y hermanos con un amor lleno de veneración; no sólo se la consideraba igual, sino que la ternura de todos la rodeaba de una especie de santidad; el marido era el *deva*, ella la *devi*, ambos eran dioses; sin embargo, el matrimonio era patriarcal, y el esposo, encargado por la costumbre de pronunciar palabras sagradas, era el verdadero sacerdote de la familia; pero ¡con qué encanto de expresión acogía la esposa en su morada! «En la casa todo prospera bajo tu mirada, seres humanos y animales; tú nos das la alegría. ¡Que Indra te conceda diez

hijos, y que tu marido, yo que te hablo, pueda ser el undécimo!»  
¿Puede haber lenguaje más cariñoso en boca de un amo?

Hasta en pleno brahmanismo, el sencillo matrimonio de amor es

N.º 238. Mar Árabe.

(Véase pág. 140)



considerado de origen celeste por las leyes de Manu, y los poetas le designan como habiendo sido practicado por los Gandharva o «Músicos del cielo». Nace simplemente del amor de los dos cónyuges, sin que el padre o la madre ni los sacerdotes o magistrados

tengan que intervenir. Los novios se asocian espontáneamente por sus afinidades electivas; sin embargo, antes de unirse, invocan la Naturaleza como para atestiguar que aun forman parte del Gran todo. Juntos se dirigen al sol, a la luna, a los astros de la noche; hablan a los animales del bosque y de los campos, sobre todo a los corzos, a las ciervas, a las aves, a las pequeñas nevatillas que revolotean y saltan delante de los bueyes de labor. La gran ceremonia, la que se supone da al matrimonio su virtud principal, es el testimonio de la antigua amistad con los árboles y las hierbas. En ese simbolismo primitivo los capullos y las flores de loto, los frutos, los ramilletes, las guirnaldas, las plantas bajas o gigantescas son invocadas como teniendo sobre el hombre una acción simpática y fraternal: la doncella se cree verdaderamente hermana de tal o cual arbusto, y su amado es hermano del árbol frondoso. Todavía en muchos puntos de la península se cree que el mangle y el naranjo no dan fruto si la doncella no acaricia el tronco con su pie o con su mano: por ese dulce contacto se extienden las hojas, brotan los capullos y maduran los frutos. La joven es necesaria a la vida de las plantas, pero éstas son también necesarias a la suya. Cuando la joven se casa se presenta coronada de flores, trae hojas y frutos en su mano y da varias vueltas en torno del árbol sagrado, mientras que por su parte el novio vivifica otro árbol con sus acciones y sus besos. Solidarios de la Naturaleza, los dos saben que por su amor contribuyen al desarrollo de la vida universal. En diversas fórmulas antiguas, reproducidas por las epopeyas, el novio habla de sus dos esposas, la «Tierra querida que rodea el Océano, y la mujer bien amada». En el maravilloso drama de *Sakountala*<sup>1</sup>, el matrimonio, que se celebra al modo de los Gandharva, no puede efectuarse hasta que un cervatillo haya venido a beber en la mano de la joven, abierta como una copa.

En las últimas capas de la vida social se encuentran las mismas costumbres. El sentimiento de la vida universal ha quedado tan poderoso entre los Hindúes, que la religión y la costumbre admiten perfectamente el matrimonio de una mujer con un árbol considerado

<sup>1</sup> Publicado en 1789 por Will. Jones, quien fué el primero que proclamó el común origen del sanscrito, del griego y del latín.



ENCANTADORES DE LAS SERPIENTES DE ANTEOJOS

*Documento comunicado por la Sra. Massieu.*

hembra. De ese modo, siendo de rigor el matrimonio de la mujer según la opinión pública, las niñas destinadas por sus padres a la prostitución están casadas con un árbol, y tomando el nombre de esposas, se exceptúan de la deshonra. Así también en las familias poligámicas, el hombre que tiene ya dos mujeres y desea una tercera, escoge primeramente una esposa intercalar entre las plantas «hembras», y la deseada toma el nombre de cuarta mujer, por ser tenido el número tres como destinado a producir desgracia<sup>1</sup>.

La larga costumbre mental que dan las prácticas de monogamia

<sup>1</sup> W. Crooke, *The popular Religion and Folklore of Northern India*, Westminster, 1896.

oficial, de hecho reemplazada muchas veces por la poligamia, ha hecho admitir en Europa como una verdad moral absoluta la inmoralidad de toda clase distinta de unión; pero no es menos cierto que en todas las relaciones familiares, en todas las relaciones sociales entabladas entre los seres humanos, éstos presentan sus cualidades naturales; en cada medio se desarrollan virtudes correspondientes. Aunque en nuestros días los severos monógamos se imaginan ser los únicos depositarios de la moral, Draupadi, la esposa poliándrica de los cinco hijos de Pandu, no dejaba de ser un tipo de noble virtud y podía hablar de su felicidad conyugal con la misma dignidad que las más castas matronas contemporáneas. He aquí con qué amoroso orgullo presenta sus excelentes maridos: «No, dice, no me asusta la presencia de Yudichthira. Su cara tiene el color del oro pálido; tiene grandes ojos, nariz prominente, figura esbelta; es el mejor de los hijos de Pandu: ¡es mi esposo! Ese otro de largos brazos que ves en pie sobre su carro, alto como el árbol Sala, de labios estrechos y cejas unidas, ¡es Vrikodara, es mi esposo! Ese hábil arquero, de alma firme y constante, respetuoso con los ancianos, ¡es mi esposo Ardjuna! Este otro, célebre por su belleza, protegido por los Pandava, firme en sus resoluciones, me es más querido que la vida; ¡es el héroe Nakula, mi esposo! Este, finalmente, brillante como la luna y el sol, orador hasta entre los sabios, lleno de saber, ese héroe todo ardor y prudencia, ¡es Sahadeva, mi esposo!»

Las transformaciones operadas entre los Arios de la India, en su género de vida y en sus ideas, por el cambio de la naturaleza ambiente y por el contacto con pueblos nuevos, se muestran también claramente por el contraste de las religiones. Indudablemente el culto védico es hermano del de los Iranios, pero en las épocas de la historia en que uno y otro se nos presentan, están de tal modo diferenciados, que la evolución gradual, separándolos, ha acabado por hacerles enemigos. Del mismo modo que el catolicismo aplicó a los demonios, a los genios malos nombres que antes habían pertenecido a los dioses venerados, así la terminología religiosa del Avesta fué pervertida por los sacerdotes de las confesiones védicas. Así el Ahura de los Iranios, que es el «Señor» por excelencia, Ahuramazda u Ormuzd, el «Señor grandísimo», no es ya más que un

Asura, un mal espíritu entre los brahmanes hindus, mientras que los deva o diablos del Irán se han convertido en genios favorables para los Arios orientales<sup>1</sup>. Cuando se compara la religión del Irán, que llegó a la enseñanza del Avesta, tan noble, tan elevada, de una moralidad tan grandiosa, con la evolución divergente de la fe que se produjo entre los Arios orientales, se observa ante todo que los inmigrantes de la India habían cesado de ser pastores y agricultores pacíficos para hacerse conquistadores, y que se habían dado jefes de guerra, reyes, que comenzaban ya a rodearse de sacerdotes, de bardos, de cortesanos, en una palabra, de toda la turba de parásitos.

Sobre las mesetas del Irán oriental, los Arios parecen haber oficiado al aire libre, rodeados de sus familias. No necesitando

intermediarios cerca de sus dioses, ellos mismos eran sus propios



Museo Guimet.

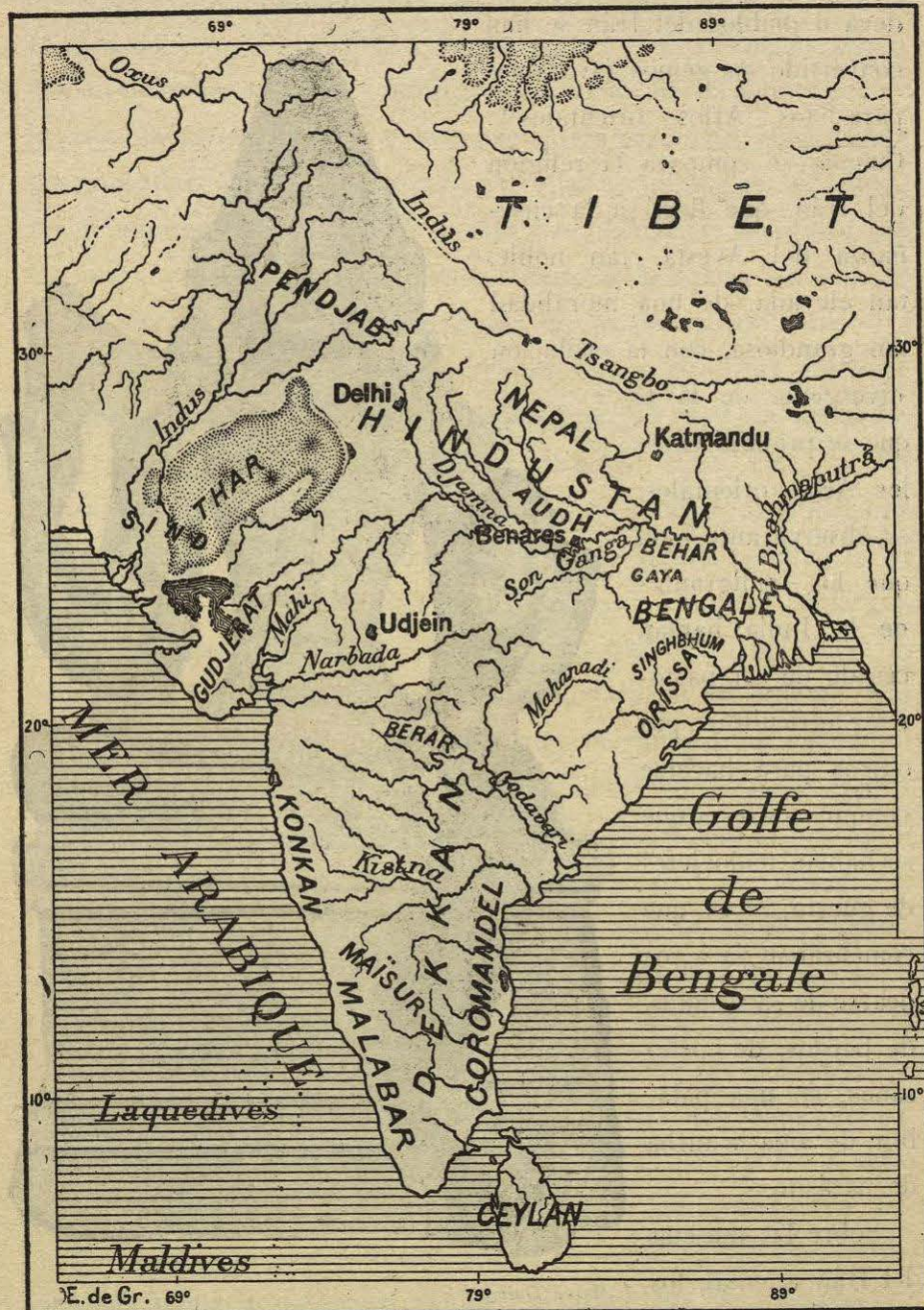
Cl. Giraudon.

## BRAHMA

dios creador del mundo, considerado además como primera persona de la Trinidad o *Trimurti* y como una emanación de Vichnu o de Siva.

<sup>1</sup> Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, vol. 1, p. 141.

N.º 239. Provincias de la India.

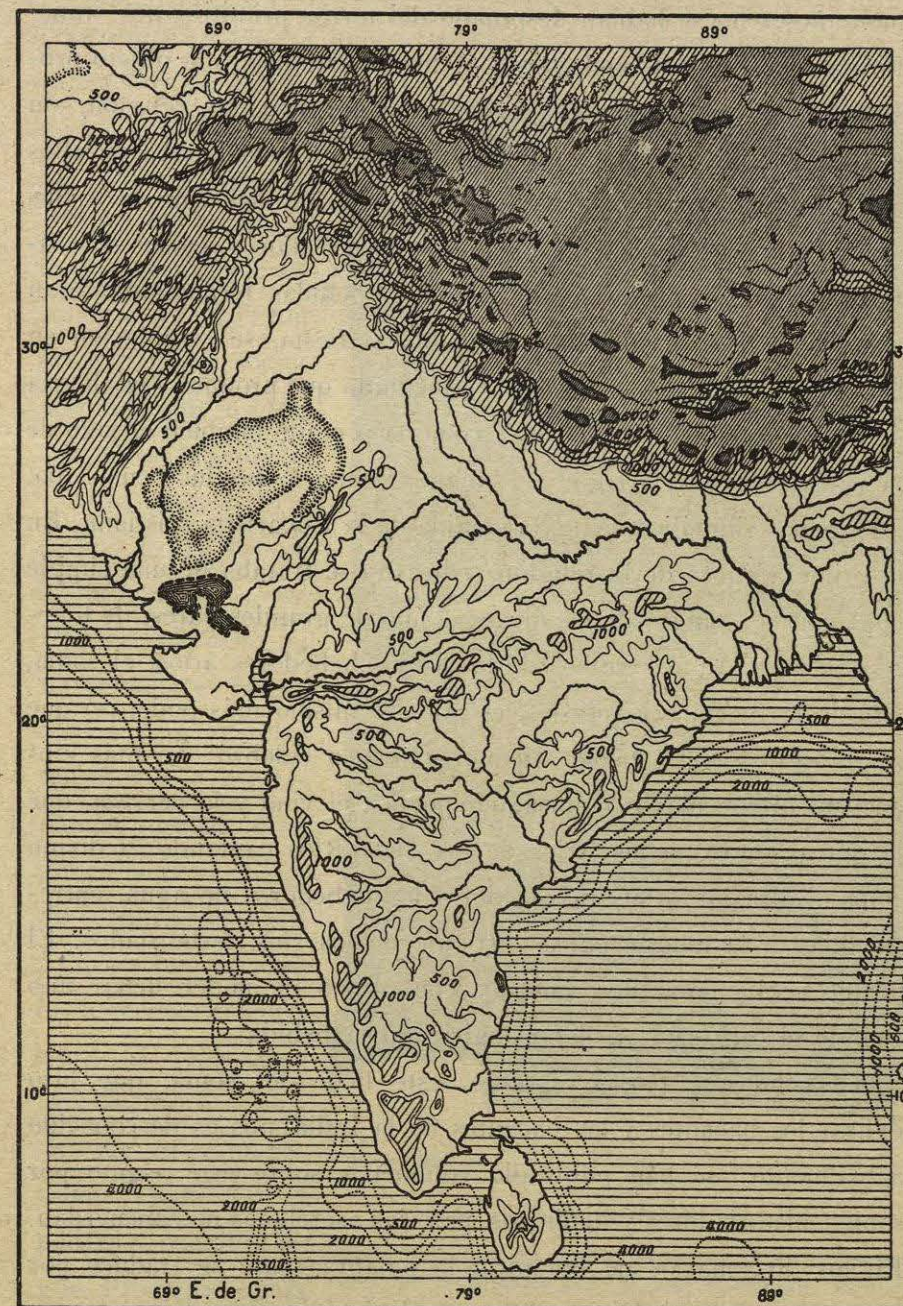


1 : 25 000 000



sacerdotes, y su teología, muy sencilla, se revelaba por un conjunto de ritos poco complicados. No tenían templos ni altares, bastábales un cerrillo cubierto de césped. El padre de familia se dirigía

N.º 240. Relieve de la India.



1 : 25 000 000



directamente a la aurora que levanta el velo de la noche, al sol que disipa los vapores del espacio, a la nube en que se forma la lluvia, a la luna que camina en el cielo entre las blancas nubes, a la amada